



SANTA ANNA VISTO POR SU SECRETARIO

RELATO FIEL DE LA CAMPAÑA DE TEXAS, EN LA QUE SE LE
REPRESENTA COMO UN HÉROE DE PEGA, ARMANDO
CAMORRA POR LOS BOTONES DE SU CAMISA.

ALGUNOS ASPECTOS DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE TEXAS
Y DEL QUE A SÍ MISMO SE LLAMABA NAPOLEÓN DEL OCCIDENTE,
CUYA EQUIVOCACIÓN HABRÍA SIDO RISIBLE A MENUDO, A NO SER
POR SU ASPECTO TRÁGICO.

POR C. E. CASTAÑEDA

Bibliotecario latinoamericano,
Universidad de Texas.

Se ha dicho que "ningún hombre es héroe a los ojos de su criado". ninguna oportunidad mejor para aplicar este proverbio generalmente aceptado que la descripción que se encuentra en Martínez Caro, en un tiempo secretario del que se titulaba a sí mismo Napoleón del Occidente. El relato, en lo que respecta al General, hállase en su "True Account of the Texas Campaign." De entre los muchos documentos publicados con objeto de explicar los reveses sufridos por el ejército mexicano en Texas, ninguno hay tan humanamente escrito, tan intensamente interesante, ni tan renovador como la relación del secretario de Santa Anna.

El curso de los acontecimientos humanos depende de meras bagatelas. Fue una de estas fruslerías sin importancia la que originó la mala inteligencia entre Santa Anna y su secretario, que seis meses más tarde culminó en el arresto de Martínez Caro, cuando trató de impedirle la publicación de su "True Account of the First Texas Campaign," escrita como resultado del resentimiento engendrado por el banal incidente que paso a referir. Dos días después de la batalla de San Jacinto, y uno después de la captura de Santa Anna, Martínez Caro logró recuperar su maleta, "que, aunque se la habían roto y robádole... 180 pesos, contenía todavía algunos vestidos. De éstos -continúa- dí a Su Excelencia lo que necesitaba, porque, aparte

de no ser conveniente para él el continuar usando el disfraz que había adoptado, no le sentaba bien en modo alguno.”

Fue precisamente en este punto cuando el hado se interpuso y arrojó, no la tradicional manzana de la discordia, sino un botón de camisa. Reanudemos la relación de Caro: Su Excelencia estaba cambiándose de vestido al lado de la maleta cuando advirtió la pérdida de uno de los botones de la pechera de su camisa. Ahora bien, seis meses después, no habría tenido ningún inconveniente en decir que él había perdido este artículo de uso personal poco antes del incidente descrito. Es esto una insinuación cruel e infame característica del hombre!” exclama Caro. Así, pues, de la pérdida del botón de camisa empezaron las desavenencias entre ambos, las que continuaron en creciente hasta los amargos días de su prisión, culminando finalmente en abierta ruptura. En tal caso, como en otros muchos, Santa Anna mostraba una decidida falta de buen sentido, porque debería haber comprendido que Martínez Caro, aunque simple empleado, sabía muchísimo de los asuntos privados del comandante en jefe, para que a éste se le ocurriera provocarle. No era sino la repetición del caso del león que en su orgullo despreciaba al humilde puerco espín.

Regreso de Caro.—Caro fue puesto en libertad por los texanos el 13 de septiembre de 1836 y, sin pérdida de tiempo, se embarcó al día siguiente en el Fannin rumbo a Nueva Orleans, a donde llegó excesivamente debilitado por la travesía y enfermo de malaria. Viéndose en tan deplorable condición, exclama: “Heme aquí recompensado de todas las penalidades sufridas en la campaña de Texas, a cambio de los muchos peligros, vejaciones, tristezas y sufrimientos experimentados después de su terminación en la Batalla de San Jacinto!” De Nueva Orleans regresó a México, en donde terminó de escribir su “True Account.”

El botón de su camisa.—Santa Anna no debe haber perdido de vista a su antiguo secretario, porque el 21 de mayo, precisamente cuando Caro se presentaba a entrevistar a un editor, fue “abordado en forma inesperada por el Coronel Almoute y D. N. Legoff” quienes lo aprehendieron y lo internaron en la cárcel. Parece que Legoff le había seguido los pasos por algún tiempo, porque Caro dice: “me había espiado de día y de noche hasta la perpetración del criminal intento de arrestarme. Me insultaba de palabra, amenazándome continuamente con la muerte y valiéndose de expresiones soeces características de su clase y baja educación. Llegó hasta el punto de sacudirme brutalmente por la pechera de la camisa. Tales insultos y vejaciones me eran infinitamente más penosos y aflictivos que la injusta e ilegal prisión a que estaba sujeto.” A despecho de la fuerte oposición que encontrara, Caro tomó la determinación de publicar su “Account,” porque dice: “No dejaré de buscar y aprovecharme de todos los medios posibles para conse-

guir mi objeto, la publicación de la relación. Con tal de lograr buen éxito en mi intento, no deseo ninguna otra recompensa a cambio de todos mis pasados sufrimientos, mis vejaciones presentes ni por cualesquiera penalidades que el destino pueda deparar en contra mía."

No fue severo.—Considerando las circunstancias, Caro está lejos de desplegar mala voluntad y, con excepción de unos cuantos casos en que deja desbordar sus sentimientos apartándose del mejor sentido, muestra inusitado imperio sobre sí mismo en la presentación de los principales acontecimientos relacionados con la campaña y las subsecuentes circunstancias concomitantes a su prisión.

Sospechosa aventura de Santa Anna.—Caro empieza su "Verdadera Relación" con una cita de Cicerón, a fin de darle sabor clásico, diciendo: "Nada es más degradante ni más fatal para la justicia que la perfidia presentándose con el disfraz de la verdad." Como preludeo a la campaña de Texas discute entonces la ambigua transacción de San Luis Potosí mediante la cual Santa Anna se apoderó de 400,000 pesos. "Aunque los términos del contrato probaban ser desventajosísimos para la nación," afirma Caro y en seguida añade, en una nota, que Santa Anna escribió a su esposa, el 25 de septiembre de 1836, que él (Caro) iba en camino para Veracruz para sacar algunas obligaciones de su peculio personal. "Esto es una falsedad imbécil y falta de sentido—dice Caro,—porque debería haber sabido que yo estaba ignorante de la existencia de tales obligaciones, puesto que yo no fui agente de la transacción, como los señores Castrillón y Batres. Es una imputación imbécil, porque no puedo creer que él no comprendiese que las obligaciones carece de valor sin el debido endose. La mordacidad de este cargo se suaviza por la confesión de Su Excelencia, admitiendo que tenía obligaciones "de considerable valor" en su equipaje. Esto no es en resumen mas que la admisión de su "robo practicado a la nación." Estrechando el asunto, Caro añade: "¿de dónde venían esas obligaciones? No se le habían enviado de Manga de Clavo ni de Tacubaya. ¿No vinieron de San Luis Potosí? ¿De qué otra parte pudieron haber venido?"

Alamo un "simple corral."—Después de comentar la falta de dirección que caracterizó la marcha de Saltillo a San Antonio, que, dice, pesaba innecesariamente sobre las tropas, que sufrían por la necesidad de víveres y de conveniente atención médica, fue cuando emprendió el ataque sobre el Alamo. Su opinión acerca de esta fortaleza es poco ceremoniosa. "un simple corral y nada más." Tal es su descripción del fuerte que, según él "estaba construído como a 500 pasos del pueblo, al lado opuesto del río de San Antonio, siendo de adobe muchos de sus muros."

Un sacrificio costoso.—A su relación de la caída de el Álamo siguen luego las descripciones generales, pero es particularmente importante citar lo

que dice con respecto a las pérdidas relativas de texanos y mexicanos. "Siempre deploraremos el costoso sacrificio de 400 hombres que cayeron en el ataque," apunta refiriéndose a las pérdidas mexicanas, y en seguida añade: "Trescientos quedaron muertos en el campo, y más de cien de los heridos fallecieron después como resultado de deficientísima atención médica, aun cuando sus heridas no fuesen serias. El hecho fue que el destino de los que fueron muertos instantáneamente o mortalmente heridos no dejara de despertar la envidia a los cargados de penas y sufrimientos, los soportaban sin la conveniente comodidad o auxilio."

Un informe desatinado.—Con referencia a las pérdidas de los texanos, dice Caro: "El enemigo sucumbió como un hombre y puede decirse que sus pérdidas se elevaron a 183 hombres, suma total de sus fuerzas. Seis mujeres a quienes se capturó, fueron puestas en libertad." En seguida añade en una nota, una entretenida revelación. "En el informe enviado con esa fecha al Supremo Gobierno declara Su Excelencia que se hicieron al enemigo más de 600 muertos. Yo mismo tracé ese informe y debo confesar que tracé ese número por orden de Su Excelencia. Hoy, al declarar la verdad, debo confesar que los muertos fueron únicamente 183."

Santa Anna reprende a Urrea.—Sus notas referentes a las circunstancias que rodearon el fatal asesinato de Goliad arrojan mucha luz en el asunto y prácticamente hacen recaer la responsabilidad sobre Santa Anna. Caro afirma que en la carta privada escrita por Urrea a Santa Anna por ese tiempo le notificaba oficialmente la rendición del Fannin. "Él (Urrea) concluye recomendando a los desventurados prisioneros, que eran más de 200, a la clemencia de Su Excelencia. En respuesta a la recomendación de Urrea, Su Excelencia lo reprendió enérgicamente, expresando su desagrado y ordenándole que no manchase sus triunfos con una ostentación equivocada de generosidad. Ordenó de nuevo que todos los prisioneros fuesen ejecutados y envió un duplicado de la orden al comandante de La Bahía. Como Urrea dejara de cumplimentar la orden, se la repitió directamente a Portilla, que estaba de guarnición en Goliad, y fue entonces cuando se puso en ejecución." Después de dar otros sucios detalles que no colocan a Santa Anna bajo un aspecto favorable, Caro añade una interesante nota en que dice: "Si después de haber obtenido mi libertad, estuviera todavía Su Excelencia como prisionero, y si hubiera hecho mis anteriores revelaciones a los texanos después de oír las calumnias contra mí promulgadas, ¿estaría hoy libre Su Excelencia y en perfecta seguridad en Manga de Clavo? Temo que no. Es posible que ya ni siquiera viva."

Algunas extrañas maniobras.—Al discutir las operaciones del ejército, particularmente la división bajo el mando de Santa Anna, desde San Antonio a San Jacinto, Caro llega al tono burlón en sus notas. Por ejemplo, comentando las lamentaciones de Santa Anna por la falta de equipo adecuado

para cruzar los grandes ríos, dice: "¿Por qué no se había provisto de los medios necesarios para cruzar estos ríos? Su Excelencia puede alegar su desconocimiento del país, ¿pero por qué no consultaba con quienes lo tenían? La mayor parte de las dificultades que salían al encuentro eran conocidas con anterioridad." Además, cuando Santa Anna hace notar en su manifiesto que el enemigo se hallaba cruelmente comprometido a causa de los "obstáculos casi insuperables que se presentaban al enemigo" en su violenta retirada, Caro juiciosamente observa: "Al enemigo que estaba familiarizado con el país, que tenía a su disposición lanchas de vapor, botes, canoas, etc. . . . Tal vez Su Excelencia cree que todas estas cosas no son obstáculos para nosotros que carecemos de todas esas facilidades." Cuando el 9 de abril emprendió Santa Anna el reconocimiento de la margen derecha de el Brazos, Caro anota: ¿Por qué reconocer la margen derecha cuando se sabía perfectamente que el único enemigo estaba acampado en la izquierda? ¿Por qué no reconocer la margen izquierda en donde estaba el enemigo? Con fuerzas mucho muy superiores a las de éste, entonces intimidado, cuando la fortuna continuaba sonriéndonos todavía, según decir de Santa Anna, ¿por qué no íbamos directamente al enemigo a fin de destruirlo?" Cuando Su Excelencia afirma un poco después que entre algunos de los prisioneros capturados en una escaramuza sin importancia se encontraba un colono mexicano, Caro inmediatamente añade una nota diciendo: "Yo no sabía que un mexicano pudiera ser colono en su propio país."

La táctica militar más deficiente.—Fue por ese tiempo cuando Santa Anna se decidió a emprender su famoso ataque a Harrisburgo para tratar de capturar al Gabinete texano del que Caro da el personal. Con respecto a la idea, dice: "No hay duda de que la idea era brillante, prefiriendo desconcertar la rebelión más bien que sofocarla, como hubiera podido haberlo hecho atacándola en San Felipe, como era lo indicado. . . . ¿Qué era el enemigo al que se dejó escapar en San Felipe? Por ese tiempo teníamos más de 2,000 hombres, como se ha dicho, y el enemigo estaba intimidado y sobrecogido de terror."

Parece sospechoso.—Pero veamos lo que ha dicho con respecto a la Batalla de San Jacinto. Hablando del día en que Santa Anna sorprendió a Houston y refiriéndose a la declaración que hace Santa Anna con respecto a la posición tomada por Houston, Caro dice: "Si la situación del enemigo era tan desesperada, ¿por qué no se apresuró Su Excelencia a empeñar en esa ocasión una determinación decisiva?" Cuando el General observó eso se decidió a maniobrar para desalojar al enemigo de la posición que deseaba. Caro juiciosamente observa: "Si la posición elegida por Su Excelencia no le convenía, podría el enemigo encontrarse en tan desastrosas condiciones hasta verse obligado a luchar o embarcarse? Es absurdo creer que el enemigo que había llegado al campo mucho antes que nuestras fuerzas hubiera tenido tan escaso juicio que eligiera la peor colocación en el campo."

Errores de Santa Anna.—Declara Santa Anna en su manifiesto que se había “decidido a infligir un decisivo golpe al enemigo” en este punto. Caro inmediatamente objeta la declaración en una nota que reza: “El tres es un maléfico. Tal debe ser la razón de que fracasaran los tres intentos para emprender el decisivo ataque. En San Felipe trató de ir en busca del enemigo siguiendo la margen derecha del río, cuando sabía que estaba a la izquierda del Paso de Groce. En Harrisburgo marchó para arrestar a los miembros del Gabinete de Texas, pero estando sobre aviso de la suerte que les esperaba no estuvieron dispuestos a enfrentarla. El último intento fue en el día trágico y fatal de San Jacinto cuyos efectos hemos visto. ¡Podrá haber fatalistas que atribuyan esto al destino! ¡No hay tal destino! Todos estos males y desastres tenían su origen en la mala dirección y en la falta de penetración para organizar la campaña desde el principio.” Caro cita luego a Godoy, el príncipe de la paz: “Los mayores males tienen a menudo su origen en una equivocación desatendida o en una inadvertencia al principio de todas las empresas humanas. Es a esto a lo que damos el nombre de fatalidad.”

Castrillón vituperado.—En la relación de la batalla, tal como la presentó Santa Anna, atribuye la mayor parte de la responsabilidad a la completa sorpresa de las tropas del General Castrillón, a quien —según proclama— había dado órdenes de mantener una estricta vigilancia. “Afortunadamente los muertos no hablan,” advierte Caro. Por tal razón es por lo que se ataca la conducta de este oficial, ahora y en lo sucesivo, sin consideración al hecho de que sucumbió gloriosamente en defensa de su patria.” Santa Anna ha tratado de explicar su siesta alegando el exceso de fatiga. En su manifiesto dice que “como la fatiga y prolongadas vigilias provocaran a un sueño pesado, yo estaba durmiendo profundamente cuando el estrépito y el fuego de la batalla me despertó.”

“Está bien que Su Excelencia lo admita,” dice Caro. “Si a un general en jefe que ha sido atacado de frente por el enemigo por sólo veinticuatro horas, un enemigo que el día anterior había hecho un falso ataque para darse cuenta de nuestra fuerza, se ve obligado a acostarse y descansar de la vigilia de una noche, ¿qué podría esperarse de los desventurados soldados realmente fatigados por las múltiples penalidades de la campaña? ¿Puede reprochárseles si también estaban durmiendo en el momento del ataque? Cuando la cabeza duerme el resto del cuerpo no está despierto.”

Su huida de San Jacinto.—En su relación, Santa Anna refiere cómo, comprendiendo que todo estaba perdido, acordóse de pronto de que “el General Filisola estaba en el Paso de Thomson, a dieciséis leguas de distancia,” y en seguida añade: “sin vacilación traté de abrirme paso a ese lugar a través de las filas del enemigo.”

“¡Dios librara a Su Excelencia —exclama Caro— de haberse abierto paso entre el enemigo. Yo no estaba más que a corta distancia —no exactamen-

te entre el enemigo— cuando le vi que llegaba ya en plena fuga, y yo le seguí inmediatamente. Gracias a Dios no estábamos entre los últimos que huían, porque muy pocos sobreviven para contarlo. Continuamos a toda velocidad hasta llegar al puente de el Brazos, a ocho millas de distancia, pero sólo para encontrarlo quemado. Volvimos sobre nuestros pasos y a corta distancia nos internamos en un bosquecillo, en donde él desmontó y me dejó. . . . Yo retrocedí y me oculté entre un espeso montón de hojarasca. Allí permanecí toda la noche en constante peligro de muerte, porque para mayor agravante era noche de luna llena. Después del alba, totalmente agotado, me entregué a dos de los enemigos que cerca de allí pasaban. Afortunadamente uno de ellos era francés, y cuando me dirigí a él en su idioma evitó que su compañero disparara contra mí su rifle, a lo que ya estaba disponiéndose. . . .

Prisionero de guerra.—Me llevaron a presencia de Houston, a quien encontré sufriendo de una herida en el pie. Difícilmente habría descubierto mi identidad como secretario de Su Excelencia, ya que este mismo hecho provocaría tal indignación entre sus hombres (la mayor parte aventureros) que si no hubiera tenido de mi parte a Houston, más de cien balas habrían hecho blanco en mi persona. El simple nombre de Su Excelencia o de todo lo estrechamente relacionado con él, provocaba la mayor indignación.”

En seguida trata Caro de explicar que durante la fuga después del combate, Santa Anna quedó obsesionado con la idea de que los texanos perseguían únicamente a él. Así, cuando Santa Anna declara en el Manifiesto que el enemigo le sorprendió como a legua y media del campo de batalla, Caro dice: “Si así se hubiera hecho, Su Excelencia nunca habría escrito el informe que estoy refutando. Estábamos demasiado lejos del frente para que nos sorprendieran. Por otra parte, el enemigo no estaba persiguiendo a individuos determinados porque no conocían a nadie, mucho menos a Su Excelencia que no usaba ninguna insignia militar.” Cuando un poco más adelante Santa Anna dice: “fui sorprendido por mis perseguidores,” Caro hace notar de nuevo: “No sus perseguidores, sino los perseguidores de todos nosotros. Su Excelencia insiste en creer que perseguían únicamente a él.” Haciendo hincapié sobre el disfraz de Santa Anna, dice: “no puedo comprender cómo una persona que es conocida, como él mismo lo asegura, pudiera disfrazarse únicamente cambiando de indumentaria. Tal era todo el disfraz que tenía. ¿Cómo podía alterar su cara? Es lo que yo quisiera saber.”

Todos estaban al tanto de las cosas menos el General.—“Desde Colorado el enemigo había seguido nuestras huellas. Tan es así que más tarde se ha declarado generalmente que hacía alto y descansaba una noche justamente a dos millas de nuestro campamento. Si fuese de retirada, ¿por qué seguir el camino que llevábamos cuando tenía tantos otros de que hubiera podido hacer uso con toda tranquilidad?” Parece por esta declaración que en

el camino a San Jacinto, Santa Anna y Houston ocupaban la posición relativa de las tradicionales tinieblas de la historia bíblica. Sería interesante dilucidar si Caro obtuvo su información correspondiente a este hecho después de su captura o mientras estaba en el ejército mexicano. Parece significar que todo el ejército lo sabía con excepción de Santa Anna, porque dice un poco más adelante. Está comprobado que de San Felipe a San Jacinto lo contrario era lo cierto (aludiendo a la relativa posición de ambos ejércitos), porque el enemigo estaba constantemente a nuestra retaguardia en tanto que marchábamos en su busca. Lo divertido es que Su Excelencia nunca lo supiera."

Única cama en el campamento.—Caro no estuvo presente en la primera entrevista entre Santa Anna y Houston y modestamente se exime de dar una relación de lo que sucedió, diciendo; "No fuí testigo ocular de la ocasión." Sin embargo, se le envió inmediatamente al campo de batalla con instrucciones para que trajese lo perteneciente personalmente a Su Excelencia. Logró encontrar el equipaje de Santa Anna y trasladó no solamente los papeles, escritorio portátil y otros artículos de la competencia del secretario, sino que también trajo la cama del General con todo y colchones. Caro parece estar orgulloso de su ligereza, porque en una nota dice: "Gracias a esta feliz ocurrencia, Su Excelencia durmió en cama con colchones desde la primera noche de su prisión y no tuvo que dormir en el suelo, como lo hacían todos los demás, inclusive Houston."

En el campo de la muerte.—Su descripción del campo de batalla, tal como lo vió en esta comisión, es por demás gráfico. "Sólo a mí—dice—me estaba reservada la profunda pena de contemplar nuestro campo de batalla después de la acción. Lo primero con que tropezaron mis ojos—que ha quedado grabado en mi memoria—fue la vista del General Castrillón en donde cayó, ya despojado de sus vestidos. A poca distancia de él y en las mismas condiciones vi los cadáveres de los Coroneles Peralta y Treviño, Teniente Coronel Luelmo, otros oficiales que no conocían y como cincuenta soldados. Todos estos eran los muertos en el lugar donde estuvo nuestra línea de combate. . . . Me dirigí entonces a la entrada del camino seguido por nuestras tropas en su fuga, y allí vi, tanto a derecha como a izquierda, hasta donde la mirada podía alcanzar, una doble fila de cadáveres, todos hombres de nuestro ejército. Conmovido como estaba ante este espectáculo. . . . todavía tuve la más amarga tristeza al dirigirme a corta distancia hacia la izquierda, en donde había una ligera sinuosidad, en el lindero de los bosques. Allí los cadáveres estaban tan compactamente apilados unos sobre otros que la cruzaban formando un puente. En este lugar—decía el ayudante—se apresuraban con tal confusión y en tan gran número que convirtieron el paso en lodazal obstruyendo el camino, y nuestros soldados, en el ardor del combate, los asesinaban."

Ni sepultados ni incinerados.—Los historiadores de Texas han reprochado duramente a Santa Anna el haber incinerado a los muertos en San Antonio. Alega que lo hizo como medida sanitaria. Viene al caso citar ahora los efectos de la política de Houston con respecto a los muertos de San Jacinto, tal como la describe Caro: "El enemigo—dice—abandonó el campo el 19 de mayo, aunque estaba a una milla del campamento anteriormente plantado, porque la pestilencia de tantos cuerpos, como estaban insepultos y sin incinerar, sirviendo como pasto de carnes corrompidas, era intolerable."

El General toma láudano.—Caro considera entonces la conducta de Santa Anna como prisionero y muestra cómo el que se consideraba a sí mismo como el Napoleón del Oeste se había convertido en un histérico, lamentándose cobardemente en presencia de los texanos. Cuando se dieron órdenes de desembarcar en Velasco, Caro dice: "Esto suscitó en nosotros indecible temor por nuestras vidas, particularmente por parte de Su Excelencia, quien, en un estado difícil de describir, pidió al capitán por escrito si estaba dispuesto a usar de la fuerza para llevar a cabo sus órdenes. A esto replicó verbalmente que sí lo estaba." Santa Anna llegó a desesperarse al oír esto, y dícese por un testigo presencial, un marinero, que escribió una carta a un pariente suyo, que el General se abalanzó bajo cubierta y tomó una poción de láudano. El efecto le duró tan sólo media hora, y tan luego como se recobró fue llevado a tierra.

Caro se desmaya.—Debe haber sido indescriptible la tortura que Santa Anna sufriera al ser desembarcado y entregado al Capitán Patton, que había venido desde Goliad. En su partido (el de Patton) se encontraban cuatro personas furiosas que habían escapado del combate de Goliad, en donde Fannin y sus compañeros fueron ejecutados, y habían jurado matar a Su Excelencia. Esto basta para dar idea de nuestra penosa situación." Los prisioneros fueron por lo tanto llevados a Velasco, en donde "se nos alojó—continúa Caro—en el segundo piso de una casa de la cual el primero era restaurante. Nunca estuvimos en mayor peligro ni nunca tan expuestos a tantas vejaciones e insultos." La situación era intolerable hasta quebrantar los nervios del excitado secretario quien, como gentil heroína antigua, se desmayó y cayó en los brazos, no de la dueña de su amor sino en los de los Coroneles Almonte y Núñez. Hasta el empedernido corazón de Santa Anna debe haberse sacudido ante tan conmovedora escena, porque Caro se ve obligado a admitir que "le asistieron con ayuda de Su Excelencia."

"*Un Napoleón débil*"—Muchas fueron las pruebas y tribulaciones que Santa Anna y sus compañeros, entre los cuales estaba en primer término su secretario, tuvieron que sufrir antes de obtener su libertad final, pero es demasiado largo para entrar en detalles. Baste decir que la relación de Caro sobre las negociaciones, la firma final de las convenciones de Velasco y la

redacción de la famosa carta de Santa Anna a Jackson, arrojan mucha luz sobre las circunstancias concomitantes y revelan al Napoleón del Occidente como un individuo muy débil, pusilánime, muy diferente de la pintura con que se representaba a sí mismo en su manifiesto, en donde con las bravatas que caracterizan a los espíritus débiles, exclama en términos pomposos: "En el Palacio de México como en esta humilde choza, en medio de los insolentes silbidos de los texanos, que clamorosamente pedían mi muerte, he logrado que mi conducta sea siempre censurada No me ha sorprendido, por consiguiente, ver los triunfos de Bexar y el Alamo inficionados por el diente venenoso e insaciable de la envidia que siempre he despreciado. Santa Anna conquistador o conquistado, libre o entre cadenas, sí, lo proclamo ante el mundo, no deshonró en Texas el nombre de mexicano, de que me glorío y enorgullezco."

Trad. de "The Dallas Morning News," mayo 6, 1928.

